

FABULACIÓN, SUERTE Y ARTIFICIO EN TRES POETAS VALENCIANOS

POR MANUEL VILANOVA

FABULACION DE TRES DIMENSIONES TEMPORALES

Pedro J. de la Peña es un joven poeta valenciano que dedica su “Fabulación del tiempo” a todos los enemigos del dolor gratuito y la crueldad, como él mismo nos dice. Viajero infatigable anda a veces por Copenhague o Dublín, quizás para experimentar por sí mismo aquellas palabras de Protágoras en las que se afirma que el hombre es la medida de todas las cosas. Después, por obra y gracia de su fuerza de voluntad, se hizo periodista no practicante, y filólogo, supongo que, dado su buen gusto, no practicante también. De lo único que tiene conciencia, como nos pasa a algunos, es de que escribe poesía con una entrega total. Y con él se hace bueno aquello de Empédocles: “y su gran desgracia proviene del orden impuesto por el odio que les ha hecho nacer”. Queda esto claro en su “Salmo a la Metempsychosis”, que abre el libro. El nacimiento de la vida es uno de los temas obsesivos de su poesía:

**“Y así el hombre
vino a la tierra; como de un prieto huevo
sacó su triste testa desde el fondo
de alguna oscuridad indescriptible
y púsose a mirar y a la belleza
de tanto alrededor le sorprendió su forma
débil como pelusa, como avecilla acobardada,
su blanca contextura, su torpe paso de rodillas,
sus movimientos tímidos...
Y se extrañó en la Aurora su sollozo humano”.**

La primera parte del libro, “Retorno”, está compuesta por ocho poemas que tienen como característica común una reflexión sobre el tiempo en cuanto éste es medida de la historia humana, es decir, de un tiempo meramente cronológico, a través del que se buscan ciertas situaciones límites en la actuación del hombre para presentarlas al lector, a fin de que éste juzgue cuál es nuestra condición humana. “Retiario” recogerá el fracaso en la lucha del gladiador vencido:

**“Y es ya inútil luchar: Cuando los dedos
señalen con un gesto tu destino**

**y se agolpe la sangre por tus venas,
no pidas más piedad, llanto
no insistas
en añadir vergüenza a este fracaso”.**

Quiero dejar constancia de que me atrae especialmente la poesía de Pedro J. de la Peña por su constante preocupación por el fracaso y la desgracia considerados como elementos inherentes a la naturaleza humana. Si esta condición se daba en el tiempo antiguo veremos ahora qué sucede en los recuerdos medievales:

**“Es por amor a Dios que así me tienen;
Si mi espalda se dobla bajo la techumbre,
si las paredes dejan
tan estrecho resquicio
es por amor a Dios que así lo hacen”.**

Sin pecar de exagerado, y sometiendo a un criterio muy rígido los poemas de los componentes de esa muy posible pero muy hipotética generación mía, éste sería uno de los diez mejores poemas que he leído. “Ensoñaciones sobre el devocionario” distancia la materia poética en el suplicio medieval del nicho del emparedado, la muerte en vida, la soledad mientras la piel se cuarteja y el corazón se va haciendo un grito, arañando la piedra... No sé por qué se me antoja que algo tiene que ver con la muerte en vida que siente el poeta en su fabulación del tiempo:

**“Mas olvidad el daño que he sufrido
a mis quejas pasad por alto y figuraos
que fue justa mi muerte y mi tortura...
No os amarguéis por mí, que nada valgo:
Fue por amor a Dios que me lo hicieron”.**

También la muerte, la vaga desesperación en la época en que hacía estragos la “caústica mordacidad del buen Voltaire”, también en las manos quedará un esqueleto; la gloria en Tenochtitlan: la de Maximiliano. Y después las dos circenses del poeta donde se contempla nuestra vida y nuestra condición en dos planos: el actante que deambula ante nuestros ojos haciendo ejercicios acrobáticos en el circo, el más desesperado y difícil todavía, y el poeta que en él se reencarna, tomando su lugar, haciendo reflexivo nuestro vago sentimentalismo. El último poema de la primera serie, “Crónica del presente vivir”, es la culminación de la andadura histórica del poeta, donde contempló siempre sufrimiento, muerte: injusticia y fracaso:

**“parte
de una noria inicial de sufrimiento
que se prolonga al aire de los siglos...”**

Si esta primera parte del libro era un discurrir sobre la historia humana en unos momentos muy concretos, en la segunda parte, “Fabulación estática”, compuesta por cuatro poemas, el tema que se repite en distintos niveles emotivos será la misma vida del poeta, es decir, el motivo autobiográfico servirá como arranque a la composición. También

Cruelles
los castigaron las leyendas,
cruelles fueron
sus dioses y designios,
mas voluntad igual debe ampararnos
a descubrir el fuego, a dar al mar
la dimensión de su contorno, el giro
copernicano del espacio y ser
disturbadora luz, creciente espasmo
que intranquilece el sueño de lo oculto”.

Queda, pues, clara la fundamental unidad del libro, que además debe tener toda obra de creación, aun dentro de una dirección dispersa, que aquí, por supuesto, no hay. Esta fabulación es serena y está reflexivamente organizada. Para el poeta el tiempo tiene una triple dimensión: el tiempo interno que es el de la vivencia poética y que se entremezcla, enfrenta y sufre con los otros dos, el pasado (tiempo de historia, no tiempo de su vida que sería interno) y el futuro que también puede agredir. Si en el tiempo interno y en tiempo del pasado se dan el sufrimiento, el fracaso y la desolación, en el tiempo que ha de venir:

**“Hay que ver a la diosa, hay que mirar
su espléndido desnudo, el combo vientre,
aunque los perros muerdan nuestra carne”.**

Y si entonces la poesía es eso, mirar el vientre desnudo de la diosa, recorrer los caminos infernales de nosotros mismos, tibio recuerdo de infancia, amarga vivencia de la primera premonición de la muerte, este joven poeta valenciano sí se da cuenta cabal y absoluta de lo que es un poema y de lo que es la poesía. Tengo que pensar, necesariamente, en el velo palpitante de palabras y de mitos, en la luz como creadora de la vida, en el gozo ligero de las cosas, en la precisión que se logra en la abstracción del pensamiento. Y podemos repetir aquello de que la poesía no es sólo cuestión de palabras, para muestra llegué este libro. No es sólo el lenguaje el que ha creado el pensamiento poético, es que había un pensamiento poético anterior que ha alcanzado su articulación expresiva en el lenguaje. Es decir, había un poeta ya antes de escribirse el libro y ese poeta ha acertado a expresarse, con una belleza melancólica que no es usual entre nosotros. Y esto es algo que me pone profundamente alegre, es el cuarto o quinto libro que leo en este año en el que se ven hallazgos, nuevas tonalidades en la descripción de los sentimientos, sensibilidades expresadas en un mundo muy personal. Libro que ya está transido de vejez. Joven poeta sí, pero no **poeta joven**, que son las idioteces que dicen algunos cuando no tienen nada que decir. Y es que yo a esa corriente que han dado en llamar con lamentable nombre **novísimos** añadiría, para completar nuestro panorama poético, esa otra corriente de “viejísimos”, es decir, esos seres desnudos que van por los parques de la noche dedicando sus poemas a aquellos que son enemigos de la crueldad, del dolor gratuito. Es decir, prefiero al poeta en soledad y en crueldad al poeta “en santidad”. O mejor aún: prefiero a los dos cuando buscan la belleza endemoniada. Libro viejo de un poeta joven, lleno de sugerencias y que

aquí los recursos estilísticos y la manera de construirse el poema seguirán dentro de una fundamental unidad. Es decir, un verso que hace depender su sonoridad y melodía del encabalgamiento mientras el verso, como tal, no existe más que en la medida de la lectura que el poeta nos obliga hacer. Técnica ésta que nos parece idónea para recoger la meditación y evitar el engaño sentimental, pues la acumulación de elementos poéticos por sí mismos no quiere decir nada y sólo toma sentido en cuanto el poeta los integra en el proceso reflexivo que nace de la sintaxis. Tampoco hay fuegos de artificio. La adjetivación nunca es gratuita y el acierto literario reside en hacer depender el verso, la metáfora y el epíteto de la arquitectura total que debe ser el poema. “El niño que quiso ser piano” y “Corpus en el colegio” son poemas que me han llegado muy directamente, ya dentro de su perfección técnica, sobre todo porque se generalizan unas vivencias que nos tocan muy de cerca, y aquí reside esencialmente el valor de la literatura:

**“Se flagelaba un niño o el incienso
humeaba resoplos de cilicio
y el alba y la casulla,
irreales, fantásticos, como un mito
de Anaximandro el Jónico,
esparcían inquietas rasgaduras
del dolor de crecer y ser adolescente
y aflorar el rubor o el llanto
a la pupila”.**

El nacimiento de Venus y el tránsito del ser nos hablan de la suavidad de las caderas, de la entrega, y de la vuelta a la infancia, recuperada en la memoria del poeta, que otorga a la vida su unidad. Pero esa memoria es una memoria creadora; por eso, como sucede en otros poetas, no se limita aquí el poema a un vago recuerdo melancólico:

**“Y así viví mi infancia. En su inventario
se cuentan como uvas de vendimia
los tiempos ensoñados...”**

La parte tercera y última del libro contiene cinco poemas en los que también se fabula el tiempo. Pero esta vez se trata de un tiempo orientado hacia el futuro, los años futuros de la tierra, hechizos, trágicas experiencias, ciencia ficción entremezclada con mitos clásicos pero siempre dentro de la serenidad que distingue como nota principalísima el verso del poeta. Habrá aquí ecuaciones con cifras de silencio, otros nacerán para vivir el mundo feliz de Huxley, el espacio y el tiempo serán magnitudes raras, hará acto de presencia un mundo lleno de asteroides, y aquí, en medio de esta grotesca civilización que envanece a los hombres, el poeta nos deja su clara llamada de atención, lo que busca por el mundo, pues, como dice Cernuda, el poeta no es puro o amargo únicamente, devuelve al mundo lo que el mundo le ha dado:

**“A idéntico final o adversa suerte
Prometeo y Ulises se expusieron
y semejante fue su desenlace:**

para mí contiene hallazgos expresivos que lo unen a esa corriente hondamente existencial. Qué libro más hermoso has escrito, Pedro.

NUESTRA HUMANA SUERTE

“Las señales del tiempo” es el cuarto libro de poemas de Alfonso López Gradolí, libro de espléndida madurez y seriedad, libro que da una voz propia, un tono poético muy difícil de alcanzar. Hoy por hoy se pueden contar con los dedos de la mano los poetas que sean ellos mismos, los poetas que en su expresión contengan sobriamente y sin aspavientos un manólogo personal, una voz propia. Ya en su primer libro, “El sabor del sol”, señalaba en prólogo José Hierro una de las características fundamentales del poeta: “Es de esos seres que sólo ofrecen aquello que no perturba a los demás”. Y quizás esta amplia comprensión que muestra siempre le haya perjudicado en algo. El eterno problema de siempre: los que están llenos y los que tienen mucho que ofrecer se callan para no llamar la atención sobre sí; otros, los vacíos, berrcan sus dotes mínimas de escritores mínimos a través del artículo del amigo o del lanzamiento editorial. En este sentido, por lo que a mí respecta, ando con la conciencia muy tranquila, mis mejores amigos han sido los que más me han escatimado los elogios, y se lo agradezco. El elogio debe ser espontáneo para que tenga validez, como dice una persona que no les voy a citar ahora. Esa es la única función no hipócrita de la literatura. Quede constancia de mi amistad con Alfonso López Gradolí (pero: ¿habrá alguien que pueda no ser amigo de Alfonso?), y esta amistad es totalmente independiente de lo que opine sobre su poesía. Va ser José Hierro quien se lo diga: “Lo que más nos emociona es su pasividad, su resignación, su tristeza, su incapacidad de rebelarse contra un mundo construido en una vida que va quemándose”. Totalmente de acuerdo, su homenaje a Cernuda, así lo indica también, el poema se titula ni más ni menos que “Cernuda es un dorado desaliento”:

**“Me digo versos, frases, solitario,
la sombra de una sombra por la arena
¿En este instante amo? El verano
es el tiempo mejor de los proyectos.
Hay un presentimiento de la muerte”.**

La soledad, el tiempo, la muerte van informando su poesía hacia 1968. Una honda preocupación por lo fugaz, la muerte repentina de las cosas, los instantes (justamente el título de su segundo libro). Y tampoco voy a ser yo quien haga el elogio del libro. Escuchemos las palabras de Claudio Rodríguez: “Hay una desnudez de la sensación y un control de ella a través de la cual se hace más clara el alma, la poesía, y, en conjunción, más irremediabilmente el lenguaje. “Y me emociono marchitamente”, nos dice López Gradolí, afirmándose en el fuerte tono moral de su obra.

**“Con derrotados labios hundo mi deseo
y lo aplasto sobre tu carne. Ya, palabras
no saldrán de mi apretada boca, hasta el epiflogo**

**de gritos de deseo. Voz de mujer, escalofrío
de un perfil estrujado”.**

De esta primera etapa de la poesía de Gradolí me llama especialmente la atención el tono de reflexión moral que hay en los poemas, no una moral utilitaria, práctica sino por el contrario ese sentido hondo de lamentación ante la vida que ya está en Manrique Caro, Aldana, Cernuda, en fin la poesía en voz baja que no se propone renovar sino reflejar nuestra condición humana. Y esto es lo que debe hacernos reflexionar: no hay “snobismos” en la poesía de Gradolí, él sabe que el problema del lenguaje literario en el poema no reside en renovar, sino más bien en saberlo utilizar, y él, la verdad, para mí, lo utiliza con gran precisión. Cuando oigo hablar de renovación es que casi me dan dolores de cabeza, especialmente cuando quien lo dice es algún jovencito. Lo único que puedo pensar es que ni ha leído, ni ha sabido leer: renovar el lenguaje de Cernuda, pongamos por caso, o el de Quevedo, o el de Lorca. Quede claro que no tengo nada contra los jovencitos (pero esto de los jovencitos va por alguien), joven fue “Las Brasas” de Francisco Brines y es un libro que ya estaba lleno de vejez. Joven soy yo, y veo casi como única posibilidad la de convertirme en un jovencito insolente. Joven es Alfonso López Gradolí quien sí de verdad es un pionero en la poesía experimental, experiencias necesarias, búsqueda de caminos, niveles de exigencia lingüística sí; y eso es lo que se propone en esa su otra faceta de poeta, muy unida a esta. Libro profundamente atrevido el de Brigitte, claro que Brigitte se merece todos los atrevimientos, pero si descansamos en su lectura y evitamos el primer deslumbramiento veremos casi un poema tradicional integrado en imágenes fotográficas. Transcribo, el transfondo fotográfico imaginenselo Vds, (como para que alguien lo vista):

TODOS LOS OJOS
QUE LA HAN
MIRADO
TODOS LOS
OJOS
JUNTOS
LLENANDO
UNA
BAHIA
MUY
CERRADA.

Todos los ojos que la han mirado: de nuevo la mirada recoge los deseos. Los míos ocuparían el primer lugar de la bahía. Poesía necesaria, utilísima, a veces agresiva, no para mí ni para usted, claro sino para algunos. (Transcribo una anécdota: leía el libro en un café mientras esperaba a alguien, lo había llevado a propósito para enseñárselo, y al llegar esa persona, acompañada de otra, catedrático de literatura, me dice con toda la desfachatez del mundo (aún sin saber de qué se trataba) oye, después déjame esa revista pornográfica. Y después lo de siempre, pero ¿eso es poesía? Pues sí; si no, que se lo pregunten a

damente atraído por la obra de Cernuda (es doctor en poesía, digo en Filología) se vuelve ahora hacia sí mismo para olvidar los sueños (“los sueños que aún perduren olvidados”), para aceptar una nueva y distinta realidad (esta realidad necesita de un ritual para llegar a ella) en la que parece que la palabra va a ejercer una función fundamental:

**“mientras la realidad se desmorona
como un torpe suicida melancólico”**

En eso estoy profundamente de acuerdo con Jenaro ¿qué rayos es la realidad?

**“Es un jardín pequeño
sin concreción de tiempo ni de espacio”.**

**“ese extraño país
donde todo sucede de manera distinta”.**

En esa realidad nueva y que busca el poeta como mundo mítico no hay espacio, tiempo, hay infancia sí, todo es materia simbólica y al final, como él mismo nos dice, ya no queda el tiempo: sólo su ficción. Es un libro de una andadura extraña y que representa un notable esfuerzo por parte de su autor. Esta es la segunda causa, aparte de la meramente anecdótica de las coincidencias, por la que se hace libro sorprendente. Pocas veces hemos visto devolverse el sentimiento en el espejo, pues bien aquí a pesar de la elaboración cerebral del poema hay sentimientos que se toman en un determinado nivel de desolación, se elaboran en un plano ficticio y artificioso, donde ejerce su función el culturalismo, y se devuelven a un plano de desolación, soledad, lo que se quiera. Es una muestra absurda de un proceso absurdo. Es el laberinto de las formas lo que recorre el poeta. Es una clara muestra del poder creador del poeta, como un enorme Narciso volcado sobre sí mismo, elabora su mundo, construye su realidad:

**“Ahora tu sed, la sombra de las prolongaciones
ya no existen sin tí,
como tú, que eres
sin la esterilidad de tu ficción”.**

No es éste el momento de rastrear en el libro (quede eso para la obra selecta del poeta que se anuncia en breve) cuál es su propósito más hondo, pero sí me atrevería a insinuarlo. Parece intentarse en “Ritual” un puente de unión entre la poesía elaborada intelectualmente y la poesía sentimentalmente vivida. Considera el poeta que es ridículo o absurdo hablar del arte como forma de salvación individual, pero también considera absurdo hablar del arte como mero artificio nacido del caprichoso discurrir del lenguaje:

**“Si alguien me preguntara
la fundamentación de esta locura
por la que sobrevivo
yo no sabría responder”.**

Bien, pero después, en el mismo poema, las formas del bosque son

mis ojos).

“Las señales del tiempo” recoge los mismos temas anteriores pero con una mayor madurez; el poema es ya clásico. Hablaba alguien de las tres etapas de la vida del hombre-creador: la romántica, la clásica y aquella en que el hombre se expresa desoladamente a sí mismo. Las señales que el tiempo hace a Alfonso López Gradolí están a caballo entre estas dos últimas situaciones; una desolación total cae por las palabras de este tiempo que tiene como principal característica la de estar inmerso en la madurez. Se abren los sentidos del poeta a la contemplación del sol, el mar, los árboles, las rosas, y todo ello se integra en la vivencia temporal del poeta, por ejemplo:

**“El mar que vio de niño, le rodará de nuevo
hasta los pies,”**

o bien

**“Los más bellos
instantes del amor son los guijarros
que el río va puliendo...”**

Y sí que es inaudita esta sensación temporal en nuestra lírica. Yo, al menos, la he encontrado en muy pocos poetas, y nunca bien integrada en el proceso lingüístico. Sí hay otro poeta en donde se da una situación semejante, pero en él la libertad de la naturaleza y de las cosas es radicalmente distinta de la de Alfonso López Gradolí. Aquí la naturaleza está condenada a seguir paso a paso las tonalidades del sentimiento del poeta:

**“Días
sobre otros. El tiempo se construye
de tantos peces muertos...”**

El que quiera leer que lea, y que lea y juzgue, y acaso después se podrá hablar de este poeta a quien a mi modo de ver no se la ha dado en modo alguno toda la importancia que merece. Las comparaciones son odiosas y por eso me las callo. No me queda más que recomendarles efusivamente este libro, allí se habla de nuestra humana suerte.

“ARTIFICIO INTEMPORAL”

“Ritual para un artificio” es un libro sorprendente por muchas razones. Primero por las coincidencias. Trabajando tres poetas en distintos sitios, con obras anteriores radicalmente distintas entre sí y con unas concepciones poéticas diferentes, Félix de Azúa, Guillermo Carnero y Jenaro Talens se han sacado de su laboratorio humano tres libros con múltiples conexiones, con sorprendentes coincidencias de expresión, especialmente en la manera de elaborar la imagen. Jenaro ha escogido este nuevo camino no de una manera gratuita sino que ya en su obra anterior hay poemas que señalan claramente hacia este estadio poético, lo mismo sucede con los otros dos poetas aludidos. Pero el paso que ha dado Jenaro Talens ha ido desde su destrucción hasta su “ritual”. Profun-

gemétricas mientras en otros el amor inaugura el mundo pero la melancolía es de papel. Más que un juego de espejos el libro me parece un taller en donde, desoladamente, desde la realidad quiere hacerse el intento desesperado de fundar otra realidad. El arte no puede ser sólo una forma de salvación individual (desde luego el que lo espere va apañado) pero tampoco puede ser sólo elaboración, de ahí el discuir de las situaciones en los distintos planos de la distinta realidad. Y se llena a veces el verso de cálidas situaciones:

**“Canta, amor mío,
canta las lentas hojas de los parques,
este sabernos que tampoco sacia,”**

mientras otras:

**“todos los que se dicen elementos reales
agonizan al fondo de una página escrita.”**

Es decir la alternancia de sensaciones impresionistas/expresionistas dan forma al juego de espejos que este libro, esfuerzo que va desde la vivencia sentimental hasta el culturalismo, demostrando que todo es poesía y que dentro de la creación poética son necesarias los matices. No hay, pues, un abismo insalvable entre una y otra poesía sino más bien hasta ahora ganas de no leerse y de no comprenderse. Libro de equilibrio perfecto y que debería ejercer una indispensable y necesaria función de unidad, demostrando que en el fondo lo que se busca es lo mismo: la poesía. Y si tuviéramos que buscar una buena muestra de una lírica íntima, pero que trata ya de superar incluso el problema de su objetivación, aquí encontraremos el mundo “ritual” de Jenaro. Y ha dado un paso importante: ya no distancia en personajes, leyendas, mitos, situaciones históricas. Distancia la misma realidad, su mismo mundo, para preguntarse: pero ¿qué es la realidad? Y dentro de este camino que ha emprendido se hace profundamente atractivo el aguardar las nuevas entregas del poeta. ¿Cuál será su tiempo?

